
El frío que no llega

Tununa Mercado

El exilio se me aparece como un enorme mural riveriano, con protagonistas y comparsas, líderes *y* bufones, vivos *y* muertos, enfermos y desposeídos, corroídos y corrompidos; el mural tiene un espeso color plumizo y sus trazos son gruesos. Hay un fuerte sinsabor en la evocación, me esfuerzo en este momento para separar del conjunto algún instante colectivo de felicidad, que lo hubo, pero la melancolía lleva la delantera, nada se sustrae a la melancolía de un recuerdo gris, aunque muy intenso. En el mural hay un ancho por un alto, un comienzo y un final, y lo que resalta en el paño acotado y lo que vibra en el paisaje es, irremisible, la melancolía.

No se puede decir nada más anodino y estúpido que la frase: "lo pasaron bien en el exilio", esa trivialidad que muchas veces, por exculpación, se acepta oír, o su contraparte de la misma laya: "los que se quedaron la pasaron peor", y otras variantes de esas simplezas que deberían indignar pues ponen en situación de torneo instancias que no lo admiten y que tampoco resisten clasificaciones tranquilizadoras: exilio/exilio interior, que separan y aligeran, por así decir, la masa aún sin desbrozar, compacta, destructora y anasante que fueron esos años, desde 1974 hasta la restauración de la democracia, sin contar los coletazos que todavía producen terror.

El tiempo del exilio tiene el trayecto de un gran trazo, se extiende según un ritmo amplio y abierto, sus curvas son como las olas, oceánicas y lejanas de las playas, que no tiene rompientes y se parecen más a la idea de horizonte; el tiempo sucede más allá, en otro sitio, se lo oye transcurrir en los silencios de la noche, pero se lo aparta, no se lo quiere percibir porque supone que el destierro va a terminar, que se trata de un paréntesis que no cuenta en ningún devenir.

Provisorio, el tiempo va de semana a semana en un tren de altos sucesivos; se lee la noticia en los periódicos, se piensa en términos de coyuntura, se enfrenta con la imaginación al adversario que interfiere el curso, se cree acumular fuerza contra el enemigo mayor que ocupa también semana a semana, y en una ofensiva cada vez con una capacidad mayor de fuego, los terrenos que el exiliado ha perdido al ausentarse.

Las discusiones no tienen fin, la sospecha no tiene fin; en los espesores y en la espesura de esa selva sin tiempo no hay diques que parapeten el continuo, las hojas no caen, el frío no llega, el presente nunca pasa al futuro. Los acontecimientos están iluminados como en el teatro, exaltados en su significación; nunca la paranoia tiene un cuerpo tan sibilino como en esa estancia sin estaciones.

No se podía imaginar entonces que una vez terminado el paréntesis, si es que alguna vez llegaba a terminar, lo que concluiría sería visto como un todo abigarrado, como una masa recorrida por múltiples laberintos cuyo corte transversal provocaría una sensación tan mordiente; las capas o estratos que ese corte muestra, en efecto, parecen haber sido antiguos hormigueros ahora deshabitados pero que producen la misma sensación de espanto que si estuvieran llenos.

Es también espanto lo que provoca la evocación del modo en que ese tiempo era ocupado en un setenta por ciento por el lema propio de la circunstancia, a saber la Argentina, y ese país poca madre que nos había expulsado y sobre cuya situación se hablaba sin parar -el sol no se ponía, no había amaneceres- llenando por así decir con la materia argentina todo hueco de la realidad, saturando con la pasta argentina todos los agujeros, atiborrando el cuerpo y el alma con esa sustancia que no producía placer, ni buenos recuerdos, y que sólo depositaba su cuota de muerte al entrar y salir de la conciencia (cuando uno se dormía, la cuota era puesta a favor del inconsciente y daba réditos inmediatos y multiplicados, con efectos de horror mucho más poderosos que en la vigilia).

Se soñaba la muerte casi siempre; el individuo era atravesado sin tregua en esos sueños por imágenes de despojo y desamparo; el durmiente pasaba noches desnudo, descubierto, perseguido por fuerzas invencibles, se caía al torrente, perdía el tren, salía de su casa descalzo, perdía sus papeles, un carruaje lo conducía hacia un destino sin nombre; el individuo perdía altura, regresaba a una in

fancia envuelta en nubes y gasas, volvía a cuartos con luces cenitales y se veía de pronto en medio de un bosque en sombras; el individuo no la pasaba bien en sus sueños. En sus vigiliias el efecto de esos sueños se reiteraba por ramalazos, impidiéndole cualquier tipo de felicidad transitoria casi la mayor parte del tiempo.

Con ingenuidad, a muchos exiliados en México se les dio por pensar que seguían siendo, pese a todo, los mejores del mundo y entonces no supieron mezclarse o fundirse en la población -vecinos, colegas, o lo que fuere- y persistieron en mantener rasgos muy nacionales, gesticulaciones muy propias que solían provocar vergüenza ajena a aquellos que por miedo o timidez habían adoptado por hacerse lo menos evidentes posible. Podía llegar a suceder que alguno hablara de manera estentórea y reclamante en una oficina de migraciones, por ejemplo, y que suscitara en el mexicano o mexicana que se ocupaba del trámite, un súbito bloqueo defensivo, ante la petulancia; el empleado ponía una cara especial de haber bajado una cortina interna y de haber al mismo tiempo clausurado cualquier entrada o cualquier salida; ni oía ni respondía al discurso demandante de su interlocutor; se enconchaba, *hacía el muerto*, que es una forma que muchas especies animales tienen de neutralizar los asedios del exterior y cuyo aprendizaje requiere eras geológicas.

Esa habilidad de hacerse el muerto, que por seguir de manera anecdótica y reproductiva la legislación lacaniana han optado algunos psicoanalistas, la burocracia mexicana la tiene por cultura y casi por naturaleza y por eso mismo no es ni anécdota ni representación, sino un modo del espíritu. Frente a una jactancia de argentino, el mexicano mira con ojos vacíos, oye con oídos cancelados y sella boca, provocando en quien lo interpela una impotencia total. Años puede llevarle a un argentino aprender ese método de distanciamiento ante las desmesuras o vanidades de uno de sus semejantes, y si lo llegara a dominar no sería difícil que le diera una connotación de desdén, cosa que el mexicano no hace; perdonando las generalizaciones, me parece que éste sólo pone en práctica, tal vez sin saberlo, un método para preservar su salud mental o su proverbial dignidad. Esa arma es en extremo dañina y hay muchos argentinos seguros de sí mismos y del lugar que ocupan en los estratos sociales que han sufrido estocadas hasta la derrota y que, por lógica, han engendrado animadversión contra quienes las esgrimen, sus anfitriones.

El apego al país que habíamos dejado condicionó la vida de todos nosotros; hubo incluso gente que no pudo sobrellevar la suma de pérdidas; que se pasaba el día pensando en su barrio, idealizando prácticas que no se veían muy bien por qué habrían de ser consideradas paradigmáticas de un paraíso perdido; la sustancia argentina que se extrañaba aparecía encarnada en mitologías de escaso interés. Vista ahora, a la distancia y en la cercanía -en un antes del exilio y en un después de regreso al país- la "iconografía" aquella y los pequeños cultos a objetos que rigieron las fantasías de entonces, juzgados más allá de las emociones, resultan un patrimonio insignificante, sin valor intelectual o imaginario.

Hubo profesiones de fe argentina lisa y llanamente patriotas, como por ejemplo la codicia que produjo en dos oportunidades la bandera argentina, la cual colgaba del muro junto al llamado lábaro patrio de los mexicanos en la "casa" del exilio y fue dos veces sacada, con excitación y premura, de su lugar. La primera, emocionado por el triunfo en el Mundial de Fútbol, un grupo se hizo de la bandera y la enarboló por las calles de la ciudad mientras vitoreaba al seleccionado nacional; la otra, el mismo grupo se apersonó en la sede y se la llevó para ondearla frente a la embajada inglesa, identificado con la guerra que libraban los militares argentinos para recuperar las islas Malvinas.

La pasta argentina no dejaba respiro, se pegaba al cuerpo, llenaba la mente, absorbía todos los líquidos y dejaba en la sequedad; quienes podían zafarse de ella o disminuir su consistencia era porque ponían una voluntad de hierro para integrarse al medio. Tenían que aprenderlo todo, es decir, aprender a saludar al vecino, a dejarle el paso, a no pasar por entremedio de dos personas que están hablando, a no pasar los platos por delante de las personas en la mesa; a decir "por favor" cuando pedían algo, y las correlativas fórmulas "permiso" y "propio", a agradecer toda vez que fuera necesario y aun más de lo necesario, respondiendo a las "gracias" del otro con un "para servirle"; a no interrumpir a los demás en las conversaciones, disminuyendo, en lo posible y en el caso de tener el uso de la palabra, el río verbal; a decir "salud" cuando alguien estomuda y "provecho" cuando daba comienzo la injesta ajena; a ofrecer con un "¿gusta?" la comida propia al recién llegado (prácticas que hace mucho no tienen uso en la Argentina por decisión de clasemedios con ínfulas); tu

vieron que aprender a ofrecer hospitalidad usando la norma local que consiste en decir "Lo esperamos en *su casa*", para invitar al interlocutor, quien creía que el mexicano se refería a su casa, anunciándole una visita; el equívoco solía perdurar largo rato, reiterándole su *casa* con esfuerzo aclaratorio: "*su casa de usted*", frase con la cual el mexicano afirmaba la donación generosa de su casa, la de él, al extranjero; este desprendimiento nunca era entendido y los argentinos interpretaban que el mexicano se adueñaba de su casa, y el "ahí tiene usted su casa de usted" no era captado ni correspondido con análoga cortesía, quedando el argentino mal parado y demostrando su incapacidad para oír a sus diferentes.

Los malentendidos eran resortes que obligaban a aprendizajes acelerados de urbanidad y después de varios años puede decirse con justicia que algunos lograron hacer suyas las leyes de convivencia y se los veía en reuniones con mexicanos haciendo esfuerzos por dejarlos hablar, con una cara de represión enorme de los naturales impulsos por cubrir el espacio con la propia y exclusiva voz, con aire de frustración por verse obligados a ceder la palabra y a dominar los proverbiales y sesudos tonos.

A veces se obligaban a la humildad de eliminar el uso del *che* y del voseo y ahí se los tenía, adocenados en cultismos del español que se les resistían y que no se amoldaban a los modos porteños de los que raramente se puede salir por demasiado marcados. Llegaban a asumir, incluso, ciertas humillaciones lingüísticas, como ser el reemplazo de la *ye* rugosa y canyengue de Buenos Aires por una *suer* te de *iod* que con tanta facilidad suelta la gente desde Córdoba hacia el norte, y que en labios del porteño es en extremo descomedida porque no llega a plasmarse y, cuando cree haberla logrado, en nada se parece a la *elle* de los mexicanos y menos a la *ye*; se podía oír entonces, unos *polos* y unas *gamas* famélicas, con hambre de pertenencia, que eran como malas puntadas en la tela de la conversación.

No se puede ocultar que la implantación de un argentino en México es de hecho un fenómeno histórico raro. Y no se termina de hacerse el ridículo, a años vista no se deja de hacerlo, como si por una secreta venganza el país mexicano continuara ofreciendo resistencias a cualquier apropiación por parte de los extranjeros. Llegan los argentinos y con todo esmero erigieron sus asentamientos en conglomerados habitacionales, los llamados condominios, donde por

razones gregarias y también económicas, se fueron acomodando, al mismo tiempo que declaraban cómo les gustaban las artesanías nacionales. Siempre me dio vergüenza de mí misma, valga la reiteración, pero sobre todo vergüenza ajena de los demás, cuando oía decir esa frase en todas nuestras bocas al llegar a México, como una especie de jaculatoria que desplazaba por unos instantes el lamento del desterrado. Creo, a la distancia, siempre a la distancia, que muy poco sabíamos del arte popular mexicano y que la masiva en términos relativos adquisición de esos bienes culturales en mercados de diversa índole no estuvo regida por un criterio de calidad. Puede caerles mal a muchos que esto lean, pero la homogeneidad del mobiliario de los argentinos en México, en casi todos los casos los llamados muebles del Taxco o, con más amplitud, de estilo colonial rústico; los tapices en serie de acrílón con diseños de comunidades chiapanecas, los sarapes de Oaxaca, también de sintéticos, y la persistencia casi obsesiva con que se comía, en una primera etapa, en vajillas de barro que contenían plomo, a uno le creó la sensación de estar siempre en la misma casa, la propia y la ajena, sentados todos y cada uno en las mismas sillas, bebiendo en los mismos vasos de vidrio soplado, con los mismos individuales de palma sobre la mesa y los mismos manteles de Michoacán, y los mismísimos equipales de cuero, como si de una familia a la otra no hubiera fronteras de gusto e intención y se permaneciera en un espacio común.

Esas casas, en las que muy de cuando en cuando aparecía una pieza legítima, se trasladaron muchas veces tal cual a la Argentina, en enormes contenedores *o containers*. La misma impronta, reconocida en diversos hogares, produce un efecto melancólico porque si marcó una unidad ideológica defensiva en aquellos tiempos de destierro, en la Argentina no cumple ningún papel distintivo y más bien produce extrañamiento y nostalgia y uno se siente un poco tonto por creer que esos pequeños rituales de acomodamiento en el suelo argentino van a salvarnos del estruendo de la identidad perdida.

A mí me hace mucha gracia ahora ver cómo hacemos nuestros templos, verdaderos altarcitos de muerto mexicano, con ofrendas, ollas sin mole, ficción de la harina de nixtamal y de los chiles, y comienza a resultarme patética la conversación obligada acerca de dónde se puede conseguir chile y dónde tomatillos y todo el mundo dice que el cilantro sí hay cuando todos, todos sabemos, que a los

argentinos el cilantro les producía náusea y la tortilla de maíz los llenaba de frustración porque siempre esperaban la de trigo, cuando se sabe que apenas unos pocos comieron frijoles; también me produce compasión ver a nuestros compatriotas llamados *argenmex* pedir a cualquier viajero que les traiga chile chipotle, que váyase a saber por cuáles razones gustemáticas es el único que admitieron en sus carnes; me da mucha pena advertir que su relación con el chile cobra una magnitud que no tenía *in situ* y que se perdieron años en los que habrían podido haber discernido, sin desprenderse del remoto y fundante ají picante molido, entre el pasilla y el de árbol, el monta y el mulato; me impacienta que digan que se consiguen en Buenos Aires el chile serrano para las salsas, cuando lo que las bolivianas venden en los mercados -ellas también sentadas, como lo indica su estirpe, en el suelo, y provocando en los *argenmex* un efecto de espejismo que los sobresalta-, sería chile de árbol y estaría muy lejos de poder darle el mismo gusto a la salsa verde; y me da mucho aburrimiento oír y oírme hablar, en largas conversaciones anodinas, de hábitos alimentarios mexicanos con gente que, sospecho, no comió más que milanesas con papas fritas y me parece increíble percibir cómo se adelgaza la letra y griega en una *i* latina cuando alguien acusa el extrañamiento y desaparición en su mesa de la *papaya/papaya*, fruto cuyo recuerdo se acaricia pero que también era rechazado, y más cansancio me produce comprobar que con nada podremos paliar las nostalgias así como tampoco pudimos paliar las nostalgias con dulce de leche y otras fatuidades de desterrados.